

# Perspectiva ética de la construcción de la Paz, a nivel nacional e internacional

Exposición en el encuentro:

“Retos y Propuestas sobre Acción Sin Daño y Construcción de Paz”

Convenio: Universidad Nacional / COSUDE / GTZ

Septiembre 18 de 2009

Ordinariamente entendemos por Paz la ausencia de acciones bélicas o enfrentamientos lesivos y destructivos entre grupos humanos.

Esa ausencia puede tener dos causas: una es el **temor** que paraliza, debido al equilibrio de fuerza o al dominio de una fuerza sobre otra; otra es la superación o **erradicación** de las causas que llevaron a los enfrentamientos o acciones bélicas.

En la tradición bíblica o judeo-cristiana se ha interpretado el significado de la Paz a la luz de su etimología hebrea: el verbo Shalam significa: llevar a término; completar; cumplir; restaurar; poner en orden; llevar algo a su plenitud. El adjetivo Shalom significa: entero, intacto, íntegro, pleno, vital, saludable, próspero, bendito. El sustantivo Shalom significa concordia, armonía, felicidad, plenitud, de allí que se le use como saludo y despedida, correspondiendo a nuestros términos; “salud”; “que te vaya bien”.

La teología cristiana, tomando textos bíblicos que tienen estos significados, ha construido el sentido de la Paz, para contraponerlo a una simple ausencia de guerra, como un “fruto de la justicia” (expresión del profeta Isaías), proyectándola como un valor de horizonte, que implica una conquista permanente que nunca se logra en plenitud, y que por tanto no puede ser fechada.

A la luz de estos significados, la Acción Sin Daño –ASD- referida a la Paz, consistiría en facilitar la paz como erradicación de las causas del conflicto. La ACD (Acción con Daño) consistiría, por el contrario, en facilitar la paz fundada en el temor, en el equilibrio de fuerzas o en el dominio de una fuerza sobre otra.

Numerosas negociaciones de paz, procesos de paz, acuerdos de paz, hay que ubicarlos en la estrategia de la paz de temor o de fuerza, aunque con demasiada frecuencia se utiliza en dichos procesos el lenguaje y los símbolos de la paz con justicia. Hay allí engaños muy sutiles que aumentan la ACD.

La tradición teológica, filosófica y jurídica ha admitido durante siglos el concepto de “guerra justa”. Siempre hubo consciencia de que todos los medios de la guerra eran intrínsecamente perversos (matar, herir y capturar), pero también hubo consciencia de que en ciertas circunstancias ilegítimar la guerra equivalía, de facto, a legitimar la opresión y el crimen contra la humanidad.

Por eso, buscarle salidas a la guerra que desvíen el logro de la justicia, lo aplacen sin perspectiva alguna, lo camuflen, lo envuelvan en trampas que redunden en consolidar el miedo o el dominio del más fuerte, es, a mi juicio, una ACD.

Hay experiencias numerosas en las cuales el papel de mediación, asumido por mediadores con posiciones aparentes de neutralidad, e incluso enarbolando banderas aparentes de justicia, esconden de facto la paz del temor y del dominio del más fuerte.

La “Paz” hoy ha llegado a ser un vocablo demasiado desgastado, tanto a nivel internacional como en nuestro ámbito colombiano. En Colombia llevamos 27 años en supuestos “procesos de paz”<sup>1</sup>.

Ya el Profesor Lederach en su libro sobre la Imaginación Moral recoge la anécdota de un taxista colombiano que le confesó no creer en la paz, porque la veía como un caramelo que siempre nos lo ponen lejos de nuestro alcance<sup>2</sup>. Sin embargo, Colombia es el país en el que quizás se escribe más abundantemente sobre la paz; cuando Ander Compas, experto sueco que dirigió por varios años la Oficina en Colombia de la Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, se despedía de Colombia en 2002, afirmaba que aquí se encontraba el material impreso más abundante del planeta para elaborar tesis sobre conflictos armados y sobre negociaciones de paz.

Al leer el libro del profesor Lederach, comparto con él muchas de sus cautelas y advertencias, como éstas: el peligro de mitificar los acuerdos de paz; la ingenuidad que implica creer que conflictos que han durado décadas se pueden solucionar en dos o tres años; no tener en cuenta los complejos de relaciones sociales que contextúan, generan y prolongan los conflictos; fetichizar los papeles y los textos; no tocar las relaciones de lo cotidiano; diseñar la paz desde fuera de los implicados en los conflictos, o como me lo resumía un líder salvadoreño aludiendo al “proceso de

---

<sup>1</sup> Los “diálogos” con grupos guerrilleros en el actual ciclo que se inicia en 1965, se han desarrollado desde 1983, con el gobierno del Presidente Betancur, hasta 2002; desde 2002 hasta ahora ha habido negociaciones con los paramilitares en los dos períodos del Presidente Uribe.

<sup>2</sup> La Imaginación Moral, pg. 88

paz” de El Salvador: *“querer hacer la paz desde arriba y desde fuera y no desde abajo y desde dentro”*.

Los procesos frustrados de paz, aunque en los imaginarios oficiales y de los medios han sido exitosos, llevan siempre al desarrollo de nuevas violencias. A veces, lo único que se logra eliminar es la esperanza, pues nadie puede negar que las guerras revolucionarias mantienen viva una esperanza de que la situación de injusticia va a cambiar, pero cuando la guerra desaparece, así la violencia posbélica sea mayor, ya la esperanza está sepultada. En El Salvador ha sido muy claro que el número de muertes causado por la delincuencia común en la posguerra ha sido mayor que el número de muertes causado en el desarrollo de la guerra; lo más triste es que hay mucha gente que mata hoy para poder comer hoy, y mañana tiene que volver a matar para poder comer mañana.

En Colombia hemos vivido los últimos 27 años en “procesos de paz”. Veinte años en negociaciones siempre frustradas con la insurgencia guerrillera, y 7 años en negociaciones con los paramilitares, si bien este último período, dadas las estrechas relaciones de éstos con el Estado, ha asumido la curiosa modalidad del “negociar consigo mismo” aunque asuma ficciones cada vez más insostenibles.

Si abordamos el análisis del conflicto y de la paz desde ejercicios de la razón lógica, que elabora y afina conceptos y los confronta con el proceso de articulación de fines y medios ordenados al logro de una eficacia práctica, estos 27 años de búsqueda han arrojado al menos interrogantes profundos que debe enfrentar cualquier discernimiento ético sobre la paz.

Para sintetizar de alguna manera toda esa elaboración teórico práctica que se ha hecho en medio del conflicto armado y como expresión y dimensión del mismo, me voy a servir de un relato ficticio que escribí hace pocos meses, cuando se me pidió hacer un extenso artículo sobre la vida del sacerdote Camilo Torres, quien, como todos sabemos, fue un sociólogo, líder popular y finalmente combatiente de la insurgencia.

En la parte final de ese artículo, fingí una especie de sueño / pesadilla, imaginándome que Camilo regresaba de ultratumba porque le seguía doliendo su país y a mí me había pedido un misterioso mensajero que lo recibiera en el aeropuerto y lo llevara a donde él quisiera. Lo acompañé a una reunión con los más poderosos gremios económicos; a una celebración dominical en un barrio de miseria del sur de la ciudad; a una reunión de partidos de izquierda; a un diálogo con la guerrilla en la montaña y finalmente a un intercambio con intelectuales y líderes sociales

que han participado en procesos de paz, en el aula de una universidad. Leo solamente este último episodio, donde traté de reunir o sintetizar, en forma de diálogo, las posiciones enfrentadas sobre el conflicto y la paz:

Ese diálogo se da, imaginariamente, luego de regresar de un encuentro con representantes de las guerrillas en una zona montañosa y está redactado así:

“Mientras regresábamos a Bogotá, abrumados de interrogantes y fuertes impresiones que nos imponían un silencio casi absoluto, se me ocurrió que Camilo debería escuchar a algunos de los que se han dedicado en los últimos años a la búsqueda de la paz. Pensé inmediatamente en María Cristina, quien ha participado en las últimas décadas en casi todos los comités y espacios de discusión sobre la paz. Su origen de alcurnia le ha permitido el acceso a figuras de importancia en el Establecimiento para vincularlas a discusiones de fondo sobre la paz, a la vez que su compromiso social incuestionable le ha permitido que se lleguen a ella con confianza los luchadores populares, los líderes de la izquierda e incluso los voceros urbanos de la insurgencia. La llamé por el celular desde la carretera, cuando fue posible obtener señal, y le expliqué mi deseo de convocar una reunión urgente de quienes sostienen las posiciones claves en el debate sobre la paz. No le di el nombre del personaje que nos acompañaría, pero ella comprendió que por ese medio no era prudente hacerlo. Me prometió que al día siguiente, en una sala de la universidad donde ella es docente, convocaría al grupo.

Cuando llegamos a la universidad, María Cristina nos esperaba en la puerta. Quedó estupefacta y conmocionada al ver a Camilo a quien identificó inmediatamente.

Como nos había ocurrido a todos, necesitó unos minutos para reconfigurar sus coordenadas de tiempo y espacio y poderse introducir en la experiencia inédita que se le ofrecía. Camilo mismo le ayudó a superar la conmoción con su trato amistoso y su conversación corriente. En la sala del consejo de facultad estaba ya reunido un nutrido grupo de buscadores de paz. Estaban allí un General y un Coronel del Ejército; dos empresarios de alto nivel; tres ex ministros; cinco académicos; cuatro líderes de izquierda; cuatro sindicalistas y seis líderes populares, entre ellos varios voceros urbanos de la insurgencia; en total 10 mujeres y 16 hombres. Había un pacto muy claro entre ellos de hacer caso omiso de todo tabú y censura y de proteger la libertad de opinión prohibiendo todo recurso a denuncias judiciales. Esto había sido un logro de María Cristina, luego de varios años de debates y búsquedas. Ella presentó a Camilo con muy pocas palabras y ni siquiera pronunció su nombre; dijo: *“Todos y todas lo conocemos, no hay necesidad de presentarlo. Si está aquí es porque*

*quiere tomar de nuevo el pulso de este su país y aquí quiere escuchar lo relativo a nuestras búsquedas de paz”.*

El primero que habló fue un ex ministro, quien hizo un recuento de los procesos de paz que han tenido lugar en los últimos 25 años. Destacó la generosidad de los gobiernos y de la sociedad colombiana al ofrecer mesas de diálogo a la insurgencia, así como amnistías, indultos y posibilidad de constituir partidos y movimientos legales para promover sus ideas. Una sindicalista intervino enseguida insistiendo en que la exposición anterior era sesgada. Afirmó que todas las negociaciones adelantadas hasta ahora entre la insurgencia y los gobiernos habían sido tramposas; mientras se negociaba, se agudizaba la inteligencia para eliminar a los militantes, y a aquellos que culminaban el proceso sin ser asesinados, se les mantenía bajo permanente chantaje de judicialización por el sólo hecho de expresar sus ideas, o bajo amenaza de muerte por parte de los paramilitares, de cuyas acciones los gobiernos nunca se han responsabilizado a pesar de que sus vínculos son inocultables.

Un académico intervino luego para caracterizar algunos ‘modelos’ de procesos de paz. Según él, se habrían dado tres: uno que asume algunas reivindicaciones de las que dieron origen a las guerrillas y las pone en una agenda de negociación; otro que sólo pone en la mesa de negociación la desmovilización de los insurgentes y algunas contraprestaciones jurídicas y económicas, como indultos, sueldos temporales y becas; otro que toma elementos de los dos anteriores. El único exitoso ha sido el segundo, pero fue asumido sólo por grupos guerrilleros pequeños y diezmados y sus resultados no han sido atractivos para las guerrillas más fuertes y antiguas. Es perceptible una oposición rotunda, en los sectores sociales más influyentes, a que las reformas sociales se negocien con la insurgencia y no por las vías constitucionales, en el parlamento, a través de los partidos políticos. Tal oposición se expresa en los medios masivos más poderosos, en los gremios económicos, en los partidos políticos, en muchos académicos, altas jerarquías eclesiásticas, fuerzas armadas y altos funcionarios del Estado. Se habla de una especie de “chantaje” que impondría las reformas por las armas y para todos estos sectores, “eso no es democracia”.

Una líder popular replicó inmediatamente: *“el concepto de democracia que tiene la clase dirigente no es aceptable. Crean que es ‘democrático’ lo que piensa la minoría acomodada, lo que la favorece y lo que se hace bajo su control, o sea, bajo las instituciones que ella controla. Para ellos ocuparse de la solución de las necesidades objetivas del 80% de la población, no es ‘democracia’; buscar que la gente tenga un mínimo de comida, no es democracia; buscar que la gente tenga una vivienda mínimamente digna, no es democracia; repartir equitativamente la tierra, no es democracia; exigir que la salud no sea una mercancía que*

*enriquezca a los que se lucran del dolor humano, no es democracia; proteger los recursos naturales del saqueo por parte de empresas transnacionales, no es democracia; exigir educación gratuita para las mayorías pobres, no es democracia; sólo es democracia decidir todo por elecciones, pues la minoría controla el negocio de las elecciones en su favor y con su dinero; por eso defienden que las elecciones sean el criterio supremo de su falsa democracia, y por eso se oponen siempre a que las reformas sociales entren en mesas de negociación con la insurgencia”.*

Un coronel asumió enseguida la defensa de la democracia electoral. Afirmó que en eso se ha progresado; que antiguamente el fraude era lo ordinario, pero que en los últimos años la fuerza pública controla las elecciones y los observadores internacionales que siempre vienen, han legitimado como transparentes los procedimientos electorales. Un sindicalista le replicó enseguida, poniendo como ejemplo las jornadas electorales de la última década, vigiladas todas por la comunidad internacional pero donde el narcotráfico y el paramilitarismo fusionados, compraron el parlamento y el poder ejecutivo a muchos niveles y así lo anunciaron públicamente, con métodos que no sólo burlaron todos los controles proclamados antes, sino que hicieron pactos de apropiarse de todas las instituciones del Estado para refundar la nación en su provecho y perpetuarse en el poder gracias a sus mayorías compradas.

Una líder popular tocó el punto del paramilitarismo de manera más explícita. Dijo que los gobiernos siempre han querido negociar la paz con la insurgencia pero discutiendo los problemas de la guerra de guerrillas como *guerra irregular* y ocultando sus métodos propios de guerra irregular que son desarrollados en las estructuras paramilitares. “*Así es imposible buscar la paz*” –dijo- “*si se quiere poner fin a una guerra, ambas partes deben poner sobre la mesa su accionar bélico con todas sus características y sus legitimaciones; la guerrilla es transparente en sus motivaciones y en sus métodos de guerra irregular, diseñados para enfrentar a un combatiente pequeño con un combatiente gigante, pero el Estado no puede ocultar sus métodos de guerra irregulares a través de sus efectivos paramilitares que son enormes, para los cuales no tiene legitimidad alguna la guerra irregular, pues el Estado es el combatiente grande y poderoso y no puede asumir los métodos propios de los combatientes débiles y pequeños; además, si defiende un Estado de Derecho, como argumento de su legitimidad, no puede defenderlo ‘de labios para afuera’ mientras viola, en la guerra, todas las normas y reglas de un ‘Estado de Derecho’ a través del accionar paramilitar”.*

Un dirigente de izquierda anotó enseguida: “*El engaño no se da solamente en el terreno de los métodos. Un proceso de paz exige transparencia; exige llamar a las cosas por su propio nombre, pues si se negocia algo para firmar la paz y a poco se descubre que eso no era*

*en verdad lo que se estaba negociando, la paz se desvanece y retorna la guerra. No nos digamos mentiras. Hasta ahora todos los gobiernos que han entablado procesos de paz, han querido engañar a la sociedad: dicen que ellos le habían declarado la guerra a los que buscan imponer reformas por métodos violentos pero que la paz exige ofrecer caminos democráticos para buscar esas reformas. Esto ha sido siempre falso. Una observación cuidadosa nos muestra que el verdadero blanco de la guerra del Estado no son los armados, o sea, los que luchan por reformas sociales con armas en la mano. Si se miran bien las estadísticas y la realidad, la inmensa mayoría de los asesinados, desaparecidos y encarcelados por el Estado no tenían armas en la mano; sus armas eran sus ideas. En realidad la guerra del Estado es contra los que piensan de otra manera que la clase dirigente, no contra los que usan métodos militares para defenderlas. Otra cosa es que siempre quieran justificar los asesinatos, las desapariciones, las torturas y los encarcelamientos, diciendo que era que tenían armas, pero siempre se ha comprobado, días, meses o años después, que eso era falso. La verdadera guerra del Estado ha sido contra las ideas y mientras no reconozca esto en las mesas de negociaciones, la paz se construirá sobre bases falsas.”*

Un empresario invitó a ser más serenos y realistas. *“Estamos en un momento histórico –dijo– muy distinto de aquél en el que nacieron las guerrillas. Usted, Padre Camilo, que sobrevuela ya nuestra historia, debe percibir mejor los cambios. La humanidad ya superó la ilusión de los socialismos pues comprobó sus inconvenientes. Hoy estamos en la era de la globalización y tenemos que ajustar nuestros conceptos de paz a ese ámbito mundial del cual no podemos desentendernos. No podemos quedarnos en anacronismos. Hoy hay que aceptar ciertos principios democráticos universales, como la economía de mercado, la libertad de prensa, las elecciones libres. Uno entiende que los Estados quieran proteger a la sociedad de ciertas ideas anacrónicas, aunque yo no apruebo métodos de represión violatorios de los derechos humanos”*. Un sindicalista le replicó enseguida que el anacronismo está representado más bien por la globalización, por los que creen en la libertad de prensa y en las elecciones: *“han vuelto a un capitalismo salvaje que las sociedades más civilizadas habían tratado de conjurar con diversas formas de ‘Keynesianismo’ o intervención social del Estado para regular la economía, y siguen creyendo que lo que ellos llaman libertad de prensa es verdadera libertad de prensa y no un lavado de cerebro permanente por parte de quienes tienen más dinero y poder. Ni hablar de las elecciones, pues en Colombia las elecciones son la peor caricatura de la democracia: en las últimas décadas han estado en manos de paramilitares y narcotraficantes y eso dizque bajo la supervisión de la ONU”*

Un académico, quien ha sido directivo de varias organizaciones no gubernamentales de derechos humanos y ha participado en numerosas comisiones humanitarias, anotó que el principal escollo que tiene hoy la búsqueda de la paz, es que, de ambos bandos, se trata de involucrar en la guerra a grandes franjas de población civil. *“Si la guerra se circunscribiera a los combatientes de ambos lados, sería más fácil avanzar*

*hacia la paz mediante la aplicación cada vez más estricta del Derecho Internacional Humanitario, así también sería más fácil proteger a la población civil". Un General del Ejército allí presente añadió que si la guerrilla cumpliera con las exigencias de la Convención de La Haya; si se restringiera a determinados territorios, usara uniformes característicos, obedeciera a mandos unificados y utilizara armas convencionales permitidas, la guerra se restringiría a proporciones soportables y no afectaría tanto a la población civil. Una académica de mucho prestigio le respondió al General que eso era imposible en nuestro tipo específico de guerra. "La guerrilla nuestra –afirmó– no lucha por un territorio, ni por derrocar un gobierno ni siquiera un ejército; lucha para destruir el actual modelo de sociedad que considera injusto e inaceptable y por construir uno alternativo. Desafortunadamente esa sociedad está configurada, en su mayor parte, por personas civiles, obras civiles e instituciones civiles. La guerrilla ataca los puntales decisivos que sostienen ese edificio y los que considera que están más al servicio de la injusticia. Pero no nos digamos mentiras, el Estado, desde hace muchas décadas, también involucra a la población civil en la guerra: esos son los paramilitares, que van recibiendo diversos nombres y hoy son los informantes, cooperantes, empresas de seguridad privada etc., y también ataca a la población civil, no sólo a los armados: la cantidad de movimientos sociales destruidos por buscar una sociedad alternativa, es enorme. General: esta es una guerra principalmente entre civiles; restringirla a los armados desconfigura los objetivos y las estrategias de ambos bandos".*

Un ex ministro que ha participado ya en numerosas comisiones de paz, se dirigió a Camilo: "No crea, Padre Camilo, que a nosotros no nos duele la guerra o que hemos estado inactivos, sin buscar caminos de paz. Lo que pasa es que hemos explorado muchas alternativas y siempre encontramos escollos o fracasos rotundos. Hemos propuesto múltiples veces a la guerrilla, suspensiones unilaterales de su accionar bélico, pero ellos creen que todo alivio en la guerra es aprovechado para fortalecer los sistemas de explotación y de opresión y nunca para ocuparse de los excluidos. La salida política más lógica, que sería que la guerrilla se convierta en un partido político al que se le den garantías de participación, se ha convertido en una salida inviable en Colombia, luego del genocidio de la Unión Patriótica y de muchos otros movimientos; no les podemos pedir que se suiciden y esa solución ya no es creíble; además ellos dicen que las elecciones son un instrumento en manos de los más ricos y de quienes tienen los medios más poderosos de comunicación o manipulación de la opinión. Por otra parte, nunca hemos visto claro cuál es la estrategia para ganar confianza de parte y parte. La guerrilla busca reformas sociales y el gobierno busca acabar con la guerrilla. Ambos bandos se plantean que la intensificación del conflicto es el mejor instrumento para lograr sus fines. Para la guerrilla, el avance en reformas sociales sería lo que puede construir confianza para disminuir la intensidad del conflicto; para el gobierno, sería la disminución de la intensidad del conflicto lo que crearía un clima de confianza para avanzar en reformas. Muchos agentes del gobierno sostienen que la solución negociada debe ir



*acompañada de la solución militar; muchos de los que hemos trabajado en comisiones de paz estamos convencidos de que ambas estrategias combinadas arruinan cualquier proceso de paz. Todas estas dificultades nos han convencido de que un proceso de paz debe prever largos períodos en que no se avanza pero sirven para generar confianza, aunque la sensación de estancamiento también destruye la confianza de la sociedad y se puede generar un renovado apoyo a la guerra. El mismo terreno en que se situarían las negociaciones es objeto de aguda controversia entre nosotros: para unos, situarse en un terreno ético, o sea, de justicia social, haría inmanejable la negociación. Por eso algunos opinan que la negociación debería ubicarse en el terreno del poder, o sea, la cesión de cuotas de poder, pues piensan que las guerrillas buscan ante todo poder y se contentarían con poderes locales. Quienes piensan que el único terreno aceptable de negociación serían reformas estructurales básicas, no ven claro si éstas se deben discutir antes de negociar la desmovilización de la guerrilla o después. Para algunos tiene que ser antes, pues la guerrilla ya no creería en promesas que no se van a cumplir, así sea con la supervisión de la ONU, como ocurrió en Centroamérica. Los que piensan que las reformas deben discutirse después de la desmovilización, temen sin embargo que en algún momento aparezcan los puntos no negociables de ambos bandos: la clase dirigente considera no negociable la libertad de empresa, la globalización e inversión extranjera que se proyecta en el modelo de economía neo-liberal, la libertad de prensa y el modelo democrático sustentado en elecciones libres, pero esto es justamente el núcleo del modelo que la guerrilla considera perverso y generador de miseria y de injusticia para las mayorías: una economía modelada por el mercado libre de capitales; la presencia de multinacionales que explotan los recursos naturales; sistemas de información y comunicación manipulados por quienes tienen más dinero y poder y que están lejos de ser servicios públicos controlados democráticamente, y unas elecciones que desde hace mucho tiempo no son democráticas en Colombia. Como ve, Padre Camilo, el problema de la paz en Colombia no es nada sencillo”.*

Camilo mantuvo una tensa concentración a lo largo de todas las intervenciones y entre una y otra hizo muchas preguntas para precisar las diversas posiciones. Algunos le resumieron con mucho detalle y anécdotas jocosas los diversos procesos de paz y recordaron a muchos personajes que participaron en uno u otro y ya habían fallecido. Cuando se daban miradas de conjunto, los mismos integrantes del grupo se admiraban de que el país hubiera vivido tantas décadas en supuestos ‘procesos de paz’ sin logros significativos sino marginales.

Finalmente Camilo fue prolongando una de sus intervenciones interrogativas y resultó haciendo una exposición sobre sus propias convicciones. “*Ustedes bien lo saben –dijo-, yo asumí la vía armada para buscar un cambio social profundo en el país, luego de un proceso que me demostró que la clase dirigente tenía la firme decisión de utilizar toda la violencia posible para mantener el estado de injusticia que deshumanizaba a las grandes mayorías del país. En esa lucha armada se vive siempre un dilema trágico: la impo-*

*tencia desvela la ineficacia e invita a abandonar la lucha, pero la ética refuerza en ese momento la legitimidad de la lucha y enfatiza la inmoralidad del sometimiento. Muchos asumen una lucha ineficaz pero como último refugio del sentido ético; otros renuncian a la ética e hipotecan todo a retazos de eficacia. Yo bien sé que toda guerra se degrada, precisamente porque los únicos medios de que puede echar mano para lograr una ventaja militar, son intrínsecamente perversos: matar, herir y capturar. También los medios para mantener el Statu quo son intrínsecamente perversos: tomar la necesidad y el dolor humanos como trampolín para enriquecerse y para poder convertir a los humanos en objetos a su servicio e instrumentos de su poder. Pero todas estas perversiones se desarrollan y se fortalecen en la medida en que se pierde de vista el eje del conflicto: la satisfacción de las necesidades básicas y hacer que las mayorías tomen las decisiones. Quizás si se encontrara la manera de que el país entero se pusiera a pensar cómo garantizarle el mínimo de comida necesaria, de espacio habitable, de atención en salud, de educación básica y de generación de ingresos mínimos a todos los colombianos, haciendo caso omiso de ideologías, identidades políticas, religiosas, clasistas, raciales, etc., los problemas de la convivencia y la seguridad se podrían resolver más fácilmente. Lo que más me preocupa es la pobreza tan grande de imaginarios de futuro. En mi Plataforma, yo traté de dibujar un país equitativo como estímulo a la construcción entusiasta de futuro. Ahora veo que predominan las miradas sobre el pasado, y un pasado que está lleno de violencias, de humillaciones y de sangre, pero no hay imágenes de futuro que entusiasmen a una lucha por construirlo; el diseño de alternativas, al parecer, sufre de mucha esterilidad. Pero como prioridad absoluta, yo diría que se ve la necesidad de volver a comunicar el pueblo con el pueblo; es necesario democratizar, así sea en lo mínimo, los sistemas de información y comunicación: allí están ahora las cadenas más horrendas que dominan las conciencias. No bastaría crear un medio alternativo, como fue el periódico Frente Unido; hoy hace falta una ley que ataje la mercantilización de la conciencia por el dominio de los medios y convierta a éstos en verdaderos servicios públicos”.*

Luego de la intervención de Camilo, escuchada por todos con máxima concentración, el grupo entró en un animado diálogo con él. Se revivieron muchos recuerdos del pasado y por la memoria de los presentes desfilaron innumerables líderes populares sacrificados. Al final de la tarde, pues la reunión se prolongó todo el día, todos salieron con la sensación de que la paz sería algo tan simple de lograr, si los egoísmos y los prejuicios no sirvieran de combustible permanente a esta hoguera absurda de la guerra.

Hasta aquí el episodio del sueño-pesadilla.

En toda esta elaboración progresiva de argumentos y estrategias se ha ejercitado una dimensión de la razón, que es el esfuerzo por comprender el funcionamiento del mundo, de la realidad objetiva que nos envuelve, con miras a poderla manipu-

lar de alguna manera. Es lo que se ha llamado la racionalidad lógica, o científica o instrumental.

Aquí comparto profundamente una de las ideas-fuerza que atraviesa todo el libro de la Imaginación Moral, del Profesor Lederach: la ausencia de esa otra dimensión de la razón humana que es la Estética, el sentir. No niego tampoco la necesidad de ese tipo de abordaje del mundo y del conflicto, pero estoy muy convencido de que ese no es el abordaje más decisivo que pueda ayudar a construir la paz.

Desafortunadamente los ámbitos decisorios de nuestra sociedad globalizada están dominados por el ejercicio de la razón científica-técnica o instrumental. Abordar el conflicto social y armado desde esa mirada, implica abordarlo como algo externo; que nos toca pero desde fuera; que constituye un fenómeno que tiene sus leyes propias que es necesario descubrir para intentar manipular.

Hay otras corrientes filosóficas que relativizan ese ejercicio de la razón e invitan a descubrir y activar otras esferas de validez mental. Rousseau, uno de los inspiradores de la Revolución Francesa, de la formulación de los derechos humanos y del modelo de Estado democrático, desconfió de las ciencias y llegó a afirmar que las ciencias y las artes fueron engendradas por los vicios humanos: según él, la astronomía nació de la superstición; la elocuencia de la ambición, el odio, la lisonja y la mentira; la geometría de la avaricia; la física de una vana curiosidad; la moral misma fue hija del orgullo humano. Critica la civilización que se configuró premiando siempre el talento intelectual y despreciando la virtud. El talento intelectual se nutrió de uno de los principios o impulsos más simples del alma humana, anterior a la razón, como es el egoísmo, la búsqueda del bienestar y de la propia conservación, en cambio el derecho natural y la virtud se nutrieron del otro principio: el impulso interior o sentimiento de conmiseración. En el Discurso sobre el Origen de la Desigualdad, trae este párrafo impactante: *“Impunemente, el filósofo puede ver degollar a un semejante bajo su ventana; le bastará con taparse los oídos y elaborar algunos argumentos para impedir que la naturaleza se rebele en él y se identifique con la víctima. El hombre salvaje, en cambio, no posee ese admirable talento, y falto de razón, se le ve entregarse atolondradamente al primer sentimiento de humanidad. En los tumultos, en la peleas en las calles, el populacho se aglomera pero el hombre estudiado se aleja. La plebe, las mujeres de base, son las que separan a los combatientes e impiden que se maten las gentes honradas. Es, pues, perfectamente cierto, que la piedad es un sentimiento natural, que moderando en cada individuo el exceso de amor propio, contribuye a la conservación mutua de toda la especie. Es ella la que nos lleva, sin reflexión (sin elaboraciones teóricas) a socorrer a los que vemos sufrir”*.

Para nuestra civilización que ha endiosado el ejercicio de la razón científico técnica, EL SENTIR, el sentimiento, tiene bajo rango entre los ejercicios de la energía mental. Sin embargo, el creador de la Sociología, Max Weber, cuando quiso sentar las bases racionales de sus análisis sociales, se negó a tomar como parámetro científico el que su época había consagrado, inspirada en la física de Newton: la convicción de que las leyes que regulan los fenómenos físicos son generales y constantes y que aquello que ha facilitado su conocimiento: la observación, la experimentación y el cálculo, serían los únicos criterios científicos válidos para todos los campos del saber humano. Max Weber prefiere observar la evolución de las imágenes religiosas del mundo y poco a poco va descubriendo que en los cultos de redención se va afirmando un ejercicio racional diferente, en la medida en que el mundo real va revelando dimensiones de un sinsentido profundo y generando posiciones frente a esa falta de sentido que se confrontan con la exigencia de que el cosmos tiene un sentido de totalidad o al menos debe tenerlo. Weber llega entonces a desagregar los ejercicios de la razón en esferas de validez irreductibles que giran alrededor de criterios también irreductibles: la verdad y el éxito para la esfera del conocimiento científico – técnico; la rectitud normativa, para la esfera práctico moral, y la belleza y autenticidad, para la esfera expresiva o estética. En sus avances de construcción sociológica, se harán famosas las dos grandes vertientes de la racionalidad como él la concibe: racionalidad con arreglo a fines y racionalidad con arreglo a valores.

Weber también señaló, a mi modo de ver con gran acierto, una de las enfermedades más graves de nuestro modelo cultural: esa enfermedad consiste en que la racionalidad instrumental fue invadiendo campos que debían ser propios de la racionalidad ético normativa, como por ejemplo el mundo del Derecho, hoy reducido a una técnica, luego de haber ahogado el mismo derecho natural y haber cortado sus conexiones con la ética, la moral, los humanismos, las religiones, las utopías sociales.

No hay duda que en Weber y otros muchos analistas sociales hay un influjo de Kant, quien ya había desagregado territorios o facultades irreductibles de la conciencia humana, otorgándole un papel decisivo a la facultad de sentir placer o dolor, en su *Crítica del Juicio*, donde la ética y la estética se imbrican mutuamente para expresar lo más genuinamente humano de lo humano.

Si queremos abordar la Paz como un valor y no como un concepto, tenemos que adentrarnos y tomar en serio lo que sería una racionalidad con arreglo a valores, en contraposición de una racionalidad con arreglo a fines, como nos lo insinúa Weber.

Agnes Heller, a mi juicio, ha profundizado mucho en la relación entre valores y sentimientos. Yo estoy muy convencido de que asumir valores conscientemente y comprometerse con ellos, implica todo un desarrollo consciente del SENTIR.

Los valores se resisten a ser definidos teóricamente. Cuando tratamos de definirlos, los deformamos profundamente porque los obligamos a entrar en campos ajenos a su naturaleza. La mejor manera de referirnos a los valores es a través de imágenes, símbolos y relatos.

La Paz, como valor, se resiste a entrar en una definición. Sólo puede ser captada en imágenes de un mundo, de una sociedad, de una situación en que yo me vea, junto a aquellos que amo, disfrutando de estados que he anhelado y buscado.

Uno de los mayores escollos que tenemos en Colombia, en la búsqueda de la Paz, es que los espacios de los imaginarios colectivos reservados al futuro, son como películas en blanco, vacías, que no cautivan ninguna búsqueda entusiasta. Ese vacío, permite que los imaginarios de futuro sean copados por las imágenes del pasado que rebosan dolor y odio: hay sangre por doquier; campos arrasados y desolados; cementerios repletos; fibras del alma desgarradas; campamentos de desplazados con hirientes escenas de hambre, miseria y terror donde afluyen millones de compatriotas. Pero nada alimenta la imaginación de un futuro distinto y posible.

Un jesuita uruguayo, teólogo de la Liberación, fallecido hace pocos años, Juan Luis Segundo, trazó los rasgos de la FE HUMANA como premisa de una fe religiosa, insistiendo en que la FE no se construye con raciocinios, ni nociones, ni informaciones, ni teorías, ni ideas, ni siquiera con valores llevados a la fuerza al campo del saber para poderlos expresar en categorías útiles para los debates. La FE HUMANA es rebelde, reacia y recalcitrante a todo esto. Está más imbricada en el sentimiento y el testimonio y apoya siempre sus pies sobre imágenes anticipadas de un futuro al alcance, que aportaría felicidad para el creyente y para todo su entorno de relaciones afectivas.

Por eso es tan importante avanzar en el diseño del país que podría superar el conflicto, y no relegar ese diseño a los ámbitos, lenguajes y métodos de la tecnocracia o de la politiquería, sino ayudar a que se vaya trazando, con imágenes simples y cautivantes, de frente a las granes mayorías eternamente ignoradas, comprometiendo ante todo su imaginación y sus sentir.

Las Comunidades de Paz han hecho una opción: la de no vivir por más tiempo hipotecadas a una “hora cero” de la paz, del cambio, de la revolución, sino volcarse

a la construcción modesta y precaria de otro mundo posible vivido en el “aquí y ahora”, sin negar la importancia de elaborar e impulsar el cambio global. Es cierto que el Estado y el Establecimiento las ha golpeado con mayor saña porque su ideal de sociedad no coincide ni de lejos con el sistema vigente, pero han construido imaginarios de un futuro inmediato que canaliza su entusiasmo y se va convirtiendo en testimonio para otros.

\* \* \* \* \*